

QUIEN VISITA EL INFIERNO NUNCA LO ABANDONA POR COMPLETO.

JOSEPH GÁRGOLA



DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

JOSEPH GÁRGOLA

JOSEPH GÁRGOLA

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

edebé

© Daniel Hernández Chambers, 2026
Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia Literaria

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

Primera edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-8002-5
Depósito legal: B. 2271-2026
Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*«La ciudad de Nueva York es
en sí misma una historia de detectives».*

AGATHA CHRISTIE

Prólogo 1

Joseph miró las escaleras que subían hacia la oscuridad y maldijo su suerte. Los peldaños no parecían muy firmes. El edificio entero daba la impresión de sostenerse tan solo por la fuerza de la costumbre, en cualquier momento se vendría abajo, solo sería necesario un viento un poco fuerte, una lluvia más intensa de lo habitual..., o simplemente que él se decidiera a subir aquellas escaleras. Pero no era eso lo que le preocupaba, sino el hecho de que para alguien como él las escaleras eran un enemigo natural. Contó doce escalones hasta donde la negrura se los tragaba, habría alguno más antes de alcanzar el piso superior. Quince o tal vez veinte escalones le supondrían tres o cuatro minutos y llegaría arriba resollando. Para entonces el hombre al que perseguía estaría muy lejos.

Resignado, apoyó el bastón en el primer peldaño e inició el ascenso, y cuando llegó al final de las escaleras se encontró ante un largo corredor a cuyos lados se abrían varios huecos allí donde antiguamente había habido puertas. El suelo crujía bajo sus pies, advirtiéndole. La oscuridad no era total, pero casi. Giró sobre sus talones, provocando nuevos crujidos, y aguzó el oído y la vista.

El otro hombre había tenido tiempo más que de sobra para marcharse. Y, de todos modos, ¿qué pretendía Joseph? ¿Acaso iba a enfrentarse físicamente a un asesino? ¿Él?, para quien subir un simple tramo de escaleras suponía un esfuerzo poco menos que inalcanzable. Era absurdo.

Se había metido en una ratonera, nunca mejor dicho, pues aquella fábrica abandonada debía de estar plagada de roedores. Y los crujidos de la madera aumentaban. Más le valía regresar al exterior y dar aviso de lo que había visto.

Fue justo en ese momento cuando oyó el sonido o los sonidos...

A su espalda y debajo de él.

A su espalda, debajo y a los lados. Crujidos que se multiplicaban.

Se dio la vuelta tan rápido como pudo, pero solo alcanzó a ver una sombra que se desgajaba de un rincón, una silueta a varios metros de distancia. Un brazo que se extendía hacia delante, un fogonazo y un estallido.

Luego la caída, por fases. Primero al suelo, después a través del suelo, al vacío.

Prólogo 2

Cinco semanas después de morir, Joseph Merrick llegó a las costas de Norteamérica. Tenía entonces otro nombre, pero el mismo aspecto que le había condenado de por vida. La silueta gigantesca de la Estatua de la Libertad, que en ese momento llevaba cuatro años emergiendo del mar para recibir a los inmigrantes europeos e indicarles que su travesía por el océano había terminado, se le antojó un símbolo de lo que había ido a buscar tan lejos de su hogar y ahora, sin embargo, dudaba si podría encontrar. Ni allí ni en ningún otro lugar. Quizá no existiera libertad para alguien como él.

La estatua se alzaba desde la isla de Bedloe más amenazadora que acogedora, como un centinela de cobre encargado de decidir quién podía pasar y quién no.

Joseph sintió miedo ante la idea de poder ser él uno de los rechazados. Con sus manos crispadas sobre el pasamanos de la borda, murmuró, sin percatarse de que lo hacía en voz alta:

—Cálmate.

Una mano ajena se posó en su hombro y, al volverse, encontró la sonrisa amistosa de Jedrek. Casi se había olvidado de que estaba allí.

—Espectacular, ¿verdad? —dijo este. Joseph solo pudo asentir—. He leído sobre ella —continuó Jedrek—. Para traerla hasta aquí desde Francia, tuvieron que desmontarla en más de doscientas piezas. O más, creo que eran trescientas. Imagínese que una sola de esas cajas se hubiera extraviado. O que el barco que las transportaba se hubiera ido a pique. Habría sido un auténtico desastre.

—Tienes razón —convino Joseph.

De pronto, algo, más allá de la figura gigantesca de acero y cobre, llamó la atención de los dos. Sobre-cogido, Joseph aguantó la respiración y su acompañante, que aún no había retirado la mano, le apretó el hombro.

—Creo que esa cara de pasmo que seguro que tiene usted ahora mismo bajo su capucha tardará en borrarse varios días. Esto es el Nuevo Mundo.

Prólogo 3

Yo sé la verdad sobre Joseph Gárgola.
Me atrevo a decir que lo conozco mejor que nadie. Soy su mano derecha, y a veces también la izquierda. Y sus ojos.

Te lo contaré, pero solo si prometes no revelar el secreto.

¿Prometido?

Primera parte

*La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.*

LORCA

Capítulo uno

El errante

1

Joseph fue una de esas escasas personas que merecen vivir más de una vida. Por eso murió dos veces. La suya fue una biografía que se bifurca al llegar al final. La primera vez que murió fue en 1890, en Londres, a la edad de veintisiete años, mientras que su segunda muerte se produjo... algún tiempo más tarde, y en otro lugar muy diferente.

En su primera vida Joseph fue un monstruo, un ángel encerrado en un cuerpo de pesadilla, una morbosa atracción de circo, un paria, un guerrero herido antes de que diera comienzo el combate, un soñador infatigable, un alma dolorida que siempre buscó una salida. Por eso decidió morir, fue su forma de comenzar de nuevo, aunque le habían repartido algunas cartas de las que no podía desprenderse por mucho que quisiera.

Cuando tan solo contaba cuatro años, su cuerpo empezó a deformarse. En su cráneo y en su espalda surgieron bultos bulbosos de enorme tamaño que le obligaban a vestirse con ropas amplias y que le proporcionaron un aspecto desagradable a la vista. Su

madre, una mujer de origen humilde que había aprendido a leer y a escribir gracias a la Iglesia baptista, se volcó en él y se ocupó de enseñarle todo cuanto ella sabía.

Joseph se hizo muy dependiente de su madre, pues ni su padre ni sus dos hermanos le dieron apenas muestras de cariño; pero, por desgracia, ella falleció cuando él acababa de cumplir los once años. Ese fue el segundo gran revés que sufrió. Su padre no tardó en volver a contraer matrimonio con una viuda que ya tenía otros dos hijos, y el destino del muchacho no hizo sino ir a peor. Su madrastra lo repudiaba, no veía sentido en educar a un niño cuyo físico hacía pensar que su inteligencia era inferior, así que obligó a Joseph a dejar el colegio y a entrar como empleado en una fábrica de tabaco.

Las deformidades en la cabeza, las manos, los brazos y las piernas de Joseph iban en aumento, y pronto quedó claro que no era capaz de realizar el trabajo, por lo que su padre adquirió un pequeño carro y encargó a su hijo que recorriera las calles de Londres vendiendo la mercancía de la mercería que él regentaba.

Joseph vio en aquel giro un atisbo de libertad. Creyó que sería libre mientras patease la ciudad y se imaginó capaz de vender los productos de la tienda de su padre. Sin embargo, por mucho que vociferaba las bondades de la mercancía, nadie se le acercaba. Su rostro y sus andares asustaban a todos cuantos se cruzaban con él; a menudo daban un amplio rodeo para evitarlo; algunas mujeres soltaban un chillido o una exclamación de espanto, y los niños a menudo rompían a

llorar y buscaban refugio en las faldas de sus madres. Otros muchachos, más mayores, se envalentonaban e insultaban a Joseph, que trataba de acelerar el paso, pero enseguida lo rodeaban y entonces le llovían las burlas, como pedradas, hasta que por fin se cansaban y le dejaban ir.

Regresaba a casa sin ninguna venta en su haber, y su madrastra y sus hermanastros le pegaban y le acusaban de ser un lastre para la familia. En aquella época Joseph se escapó varias veces de casa, pero su padre siempre acababa encontrándolo y prometiéndole que no volvería a sufrir malos tratos.

Esa promesa nunca se hizo realidad, de modo que con quince años el chico cogió el carro y sus escasas pertenencias y se marchó, esta vez para no volver.

Durante un breve período de tiempo lo acogió su tío, pero Joseph detestaba la idea de ser una molestia y volvió a irse. Había oído hablar de las llamadas «casas de trabajo», en las que los vagabundos recibían comida y alojamiento a cambio de realizar tareas como el reparto de carbón o la limpieza de alcantarillas. Fue un error. De nuevo sufrió malos tratos y vejaciones, y otra vez la huida fue su única salida.

Por casualidad, se enteró de la presencia de un importante promotor de circo en la ciudad y se apresuró a ponerse en contacto con él para solicitarle un puesto de trabajo. Le aceptaron, y de repente se vio de gira por toda Inglaterra, convertido en una de las principales atracciones del espectáculo. Joseph Merrick, el Hombre Elefante. Ese apodo era invención suya, pues estaba por completo convencido de que la causa

de su enfermedad había sido un accidente sufrido por su madre durante un desfile de elefantes mientras él crecía en su vientre.

Joseph fue feliz en aquel tiempo en el circo. Pese a que el público se asustaba al verlo, descubrió por fin la amistad gracias a otros miembros de la compañía, que conocieron al Joseph que se escondía tras aquella horrible máscara exterior. Un Joseph inteligente y ávido de saber, tímido y retraído pero muy curioso.

Pasó de esa primera compañía circense a otra dirigida por Tom Norman, con quien regresó a Londres. Allí incluso corrió el burdo rumor de que Joseph era Jack el Destripador, pues los crímenes que este llevaba a cabo en los callejones de Whitechapel solo podían ser obra de un monstruo, y el monstruo al que todos conocían era Joseph Merrick. Por suerte, uno de los asistentes al espectáculo fue el doctor Treves, un médico fascinado con las enfermedades que deforman el cuerpo humano. Treves quedó tan impactado que le hizo llegar, por mediación del director del circo, una tarjeta con la que le garantizaba que sería atendido en el hospital sin necesidad de pedir una cita previa.

La primera entrevista entre ambos fue más bien una entrevista entre el médico y un fantasma: Joseph se presentó en el hospital con su cuerpo envuelto en una capa y un trapo de tela cosido a la gorra para ocultar su cabeza. Dos burdos agujeros le permitían ver a la persona que tenía delante. A solas, Joseph se dejó examinar por el doctor, que documentó su caso y lo presentó a la comunidad científica.

Poco después se dictó una ley que restringía la aparición de personas con deformidades en los espectáculos circenses, por considerarlo un abuso, de modo que Joseph decidió marcharse con una nueva compañía al continente. A pesar de lo que otros pudieran creer, él se sentía más a gusto en un circo que vagando por las calles o en una «casa de trabajo». No obstante, su suerte empeoró en Europa. El circo se veía forzado a cerrar al poco de abrir, de manera que el director, un empresario italiano llamado Ferrari, se marchó llevándose consigo las pocas ganancias acumuladas y abandonando a sus empleados en Bruselas.

Desde allí Joseph logró volver a Inglaterra empujando lo poco que tenía. Primero un pasaje de barco, y luego dos billetes de tren lo llevaron de vuelta a Londres, pero en la estación de Liverpool Street le fue imposible pasar desapercibido. Había demasiada gente yendo y viniendo de un lado para otro; alguien se fijó en él y empezó a chillar. ¡Un monstruo, un monstruo! Joseph trató de esconderse, pero se vio rodeado. Cuando la policía llegó para poner fin al altercado, lo encontró encogido en un rincón y sumido en un ataque de nervios. La fortuna quiso que todavía tuviera en su poder la tarjeta que Treves le había dado tiempo atrás, lo que provocó que ambos se reencontrasen.

Esta vez el médico insistió a la dirección del hospital para que recaudase fondos que permitieran dar alojamiento a Joseph de forma permanente y así poder tratarlo y cuidar de él.

Bajo la atención de Treves y de las enfermeras la autoestima de Joseph mejoró notablemente, aunque su recién conseguido bienestar no le duró mucho, pues la noche del 11 de abril de 1890, a los veintisiete años de edad, falleció en la cama.

2

Sin embargo, esa solo es la historia oficial, la verdadera fue diferente. Muy diferente.

—Si he de serte sincero, querido amigo, dudo mucho que encuentres lo que estás buscando, pero cuenta conmigo para intentarlo.

Joseph le tendió su mano izquierda al médico.

—Gracias, señor Treves.

—No hay por qué dármelas, Joseph —repuso el doctor, estrechándosela con cariño—. En realidad, soy yo quien debe darte las gracias a ti... por ser como eres. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—Lo mismo digo. Un verdadero placer.

Ambos se miraron un instante en silencio, y luego el doctor Treves procedió a inyectar la aguja de la jeringuilla en el antebrazo de su paciente. Era plenamente consciente de que, en caso de que los descubrieran, tendría problemas que le supondrían graves perjuicios, pero al mismo tiempo sabía que Joseph Merrick merecía una segunda oportunidad. E incluso, si de Frederick Treves dependiera, una tercera. La mala fortuna se había aliado contra él e iba siendo hora de que le correspondiera una porción de la buena.

Cuando comenzó a percibir que le pesaban los párpados, Joseph se esforzó en contemplar por última vez su habitación en el hospital. No era gran cosa, pero la echaría de menos. Por un instante dudó si su decisión era la correcta, aunque no se permitió ahondar en esa incertidumbre. El veneno corría ya por sus venas y no había vuelta atrás. Ocurriera lo que ocurriera a partir de ahora, sería por una vez consecuencia de sus propios actos y no de sus circunstancias.

Repitió su agradecimiento:

—Gracias, doctor. Le debo una vida.

—Entre amigos no hay deudas.

Las palabras de Treves llegaron a los oídos de Joseph como una melodía lejana, un aroma que permanece flotando en la brisa cuando ya no hay nadie para olerlo. Eran ciertas: el médico hacía mucho que había pasado de considerar a Joseph Merrick un paciente para tenerlo por un amigo. Ambos habían conversado durante largas horas en aquella misma habitación de temas tan dispares como el teatro o la esclavitud. Nunca reclamaría la deuda que Joseph decía tener con él, aunque en los últimos meses sí había reclamado otras con antiguos pacientes. Y si lo hizo fue precisamente para ayudar a Merrick. A un viejo empresario naviero a cuya hija había atendido tras ser pisoteada por un caballo desbocado le había solicitado un pasaje a Norteamérica en uno de sus barcos. A uno de sus alumnos, a quien el propio Treves había costado parte de sus estudios al enterarse de las dificultades económicas de su familia, le ha-

bía encargado conseguir los documentos de identidad necesarios para que Joseph fuera admitido por los agentes de inmigración de Estados Unidos. Había sido el mismo Joseph quien había elegido su nuevo apellido, una burla a su propio destino, un insulto que había escuchado más de una vez durante su niñez y su adolescencia. Joseph Gárgola. Por fin, un oscuro empleado de la morgue que debía la conservación de su puesto de trabajo a la bondad de Treves había recibido el encargo de llevar a cabo la última parte del plan de huida. Él sustituiría el cadáver de Merrick por otro de similar tamaño y transportaría a Joseph hasta Liverpool, donde este esperaría a zarpar hacia el Nuevo Mundo. Treves habría preferido acompañarlo en persona, pero sabía que su presencia en el hospital después de la noticia de la muerte de su paciente era la mejor forma de evitar cualquier contratiempo que pudiera dar al traste con todo. Él mismo realizaría el informe de la autopsia y se ocuparía de amortajar el cadáver y eliminar toda posibilidad de que el engaño fuera descubierto.

La última imagen, ya borrosa, que Joseph vio de su vida en Londres fue la maqueta de la iglesia que se veía desde su ventana. Le había dedicado muchas horas, pero no había llegado a completarla. Sus párpados se cerraron como losas, aunque aún se mantuvo despierto unos segundos más.

—Doctor...

Treves le puso la mano sobre el pecho, consciente de que su amigo tal vez ya no podía escucharle.

La voz de Joseph sonó pastosa:

—Todos creerán que me muero, pero tan solo me duermo, ¿verdad, doctor? —Entonces sus labios gruesos y deformes se torcieron en una sonrisa y su pecho vibró—: ¡Morir..., dormir! ¡Dormir! ¡Tal vez soñar!

Frederick Treves esperó unos minutos hasta que la respiración del paciente se hizo casi imperceptible y pensó que sí, que quizás a partir de aquel momento todo fuera un sueño. Fue luego en busca de su ayudante, asegurándose de cerrar con llave la habitación para que ninguna de las enfermeras entrase en su ausencia.

3

Cumpliendo las órdenes del propietario del buque, el capitán Howard dispuso un camarote de primera clase para su misterioso pasajero y lo recibió a bordo en persona la noche antes de partir. Desde luego no era algo habitual que uno de sus pasajeros escondiera su rostro bajo una capucha de semejante tamaño, pero para William Howard las órdenes eran órdenes y no había más que hablar.

Una vez que, a la mañana siguiente, subió el resto del pasaje y el barco zarpó del puerto de Liverpool, el capitán encargó al joven Jedrek que atendiera al señor Gárgola en todo aquello que pudiera necesitar durante la travesía.

Jedrek había nacido en Polonia, pero a sus diecinueve años había pasado más tiempo en el mar que en tierra firme. Había aprendido inglés a bordo de un

barco con pabellón alemán y llevaba en aquel momento veinte meses exactos bajo la tutela del capitán Howard, que había visto en él un fiel reflejo de sí mismo. Jedrek no tenía planes de volver a su tierra natal, y, si en algún futuro lo hacía, estaba convencido de que nadie allí creería las historias que podría contar de sus viajes. No darían crédito a su visita a las pirámides de El Cairo, ni al naufragio en el Egeo del que solo él pudo salvarse, ni a su amistad con un marinero filipino que hablaba con las manos porque no tenía lengua o a su pelea con un arponero irlandés que le doblaba en tamaño; ni tampoco le creerían si se decidiera a contar su encuentro con una gárgola de carne y hueso.

Eso fue lo que Jedrek pensó de Joseph la primera vez que lo vio. Por recomendación de Frederick Treves, Joseph había cambiado la tela cosida a su gorra con la que se había presentado años atrás en el hospital por una capa de color oscuro con una gran capucha que ocultaba por completo su cabeza. Con semejante atuendo su aspecto resultaba menos terrible pero igualmente misterioso. Jedrek sintió un escalofrío al entrar en el camarote portando el desayuno en una bandeja, pero logró reponerse casi de inmediato y avanzó hasta la mesa a la que el pasajero estaba sentado con un libro ante sí.

—¿Desea algo más?

—No, gracias.

No fue hasta esa misma tarde cuando Jedrek se decidió a interrogar al señor Gárgola. Lo hizo con cierta ingenuidad:

—¿Se esconde de alguien, señor?

Joseph tardó en responder, en parte porque le costaba un poco comprender la pronunciación del camarero.

—De nadie en particular.

—¿Entonces? ¿Por qué oculta su rostro?

—Porque no es una visión agradable. Sufrí un accidente hace tiempo.

—¿Qué tipo de accidente? —La insistente curiosidad del muchacho no incordió a Joseph, al contrario. Se ponía en su lugar y sabía que haría las mismas preguntas que estaba haciendo él si sus papeles estuvieran cambiados.

—Fuego —mintió.

—Oh, lo lamento.

—Gracias.

Jedrek permaneció a medio camino de la puerta del camarote, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. No deseaba dar la breve conversación por terminada, pero tampoco se le ocurría nada más que decir. Aquel arponero irlandés, con el que había peleado un par de años atrás, había amenazado con desfigurarle y solo la diosa fortuna, y las innumerables pintas de cerveza que su rival había trasegado esa noche, lo impidieron, de modo que podía imaginar lo que debía de sentirse con la cara destrozada para siempre.

—¿Qué está usted leyendo, señor Gárgola?

—*El Moderno Prometeo*. ¿Tú lees...? No me has dicho tu nombre, ¿verdad?

—Jedrek, señor.

—Nunca lo había oído. ¿De dónde es ese nombre?

—Es polaco, significa «hombre fuerte».

—Acertaron al ponértelo, entonces. —Joseph sonrió bajo su capucha. Pese a su juventud, Jedrek poseía unos hombros anchos y un cuerpo de músculos marcados y definidos—. ¿Te gusta leer, Jedrek?

—Sí. A bordo de un barco a veces hay poco que hacer, así que tengo la costumbre de leer todo lo que puedo.

—Es una buena costumbre. ¿Conoces este libro?

—No.

—Pues te propongo una cosa: intentaré terminarlo antes de que lleguemos a Nueva York; si lo logro, que te aseguro que sí, te lo regalaré. ¿Quieres?

A Jedrek se le iluminaron los ojos.

—Gracias, señor.

—Ahora debo pedirte que me dejes solo. Si no, no podré seguir leyendo y te quedarás sin tu libro.

Jedrek sonrió, captando la doble intención de aquellas palabras, y su mano fue al pomo de la puerta. Antes de que saliera, Joseph lo retuvo un instante:

—No he pretendido ser maleducado. Me gustará hablar contigo en otro momento. Es agradable conversar, pero has llegado justo cuando estaba en mitad de una escena muy interesante de la novela y quiero saber cómo continúa.

—No se preocupe, señor Gárgola. Vendré más tarde a retirar la bandeja.

Durante el viaje surgió entre ellos algo que bien podría definirse como amistad, o al menos como el

inicio de ello. Ambos eran curiosos, así que se interrogaban por turnos. Joseph quería saber qué había llevado al polaco a hacerse marino y a qué lejanos rincones del mundo le había arrastrado su oficio, y Jedrek no se cansaba de preguntar al pasajero sobre su vida. Mientras Merrick percibía la tendencia hacia la exageración del muchacho en los relatos de sus aventuras, Jedrek no sospechó en ningún momento que la vida que Joseph le contaba era un invento, una mezcla de las biografías de algunos personajes que había encontrado en diferentes novelas.

Poco a poco, Jedrek comenzó a usar el nombre de pila de Joseph e incluso aceptó cuando este le invitó a sentarse a su mesa.

—Si vamos a hablar como amigos, comportémonos como amigos, no quiero que estés de pie, no soy tu capitán.

El chico accedió, no sin una visible incomodidad. Mientras estaba de pie entrelazaba las manos a la espalda, pero ahora, sentado, no sabía qué hacer con ellas. Cruzó los brazos sobre el pecho, y enseguida pensó que esa postura podía resultar hostil y agresiva, o, al menos, defensiva; entonces se inclinó hacia la mesa y apoyó los codos, luego se echó de nuevo hacia atrás, después otra vez hacia delante..., hasta que oyó una risa brotando del interior de la capucha de Joseph.

—¿Qué?

—¿Es la primera vez que te sientas en una silla?

—En el camarote de un pasajero, sí.

—Pues imagina que estás con tus compañeros.

—El problema es si alguien me ve aquí.

—Nadie entrará en este camarote sin mi autorización, ese es el acuerdo que tengo con el capitán.

Jedrek cambió de postura una vez más antes de preguntar:

—¿Qué va a hacer en Nueva York, Joseph?

—No lo sé. Vivir. —Era cierto: sus planes se limitaban a llegar a América. Una vez allí tenía la esperanza de poder empezar desde cero y dejar su pasado al otro lado del océano. Por lo que sabía, América era un lugar tan grande que tenía la esperanza de poder pasar desapercibido. Llevaba consigo sus pocos ahorros y una aportación que el doctor Treves le había obligado a aceptar a cambio de avenirse a tomar parte en su plan de huida.

—Es una ciudad muy grande.

—¿La conoces bien?

—No. Bien, no. Siempre que tengo oportunidad bajo del barco y paseo, pero eso no es suficiente para conocer esa ciudad. Es una ciudad de gigantes. Harían falta meses, o años, para conocerla. Y quizá ni aun así sea posible llegar a conocerla del todo.

—Tengo mucho tiempo por delante —dijo Joseph, más para convencerse a sí mismo que a su interlocutor.

—¿Ha terminado usted el libro que estaba leyendo? —quiso saber Jedrek un rato después, cuando ya debía marcharse.

—No, soy de lectura lenta. Me detengo a cada paso para regodearme en la escena. Pero, descuida, lo acabaré antes de desembarcar.

Lo primero que Joseph Gárgola vio de Nueva York no le causó una grata impresión. Cuando la costa de Norteamérica era solo una línea visible de modo intermitente entre las olas, distinguió a través del ojo de buey de su camarote una especie de cúpula color ceniza cubriendo el lugar donde se suponía que estaba la ciudad.

—¿Qué es eso? —se decidió a preguntar a Jedrek. Joseph acompañó su interrogante con un gesto para señalar la burbuja gris al otro lado del cristal.

—El futuro, señor —repuso el joven, con su inglés embadurnado de extraños acentos—. La civilización de humo. ¿No le parece magnífico? Venga conmigo a cubierta para verlo mejor.

—Ya sabes que no quiero que nadie me vea.

—Ahora nadie lo hará. Hace frío y es temprano, y el capitán todavía no ha informado de que se ve Nueva York en el horizonte. Venga conmigo, le llevaré a una zona de cubierta a la que solo los miembros de la tripulación tenemos acceso. Estaremos usted y yo solos.

Lo que Joseph vislumbró más allá de la Estatua de la Libertad era una serie de figuras oscuras en el cielo sobre la ciudad. Ballenas grises navegando entre nubes. Dirigibles. Un par de ellos estaban amarrados a la azotea de sendos edificios, otro parecía detenido en el aire, aunque en realidad giraba muy lentamente, y un cuarto se alejaba hacia el noroeste.

El joven Jedrek parecía disfrutar con el asombro del pasajero.

—¿Qué le parece, Joseph?

—No lo sé... —respondió tras un momento de pausa—. He visto cosas..., cosas y personas muy extrañas, en Inglaterra y en Europa, pero esto... —Desde que había tomado la decisión de abandonar su vida anterior y había logrado convencer a Frederick Treves de que lo ayudase, sabía que tendría que enfrentarse a lo desconocido, pero nada le había podido preparar para aquella primera imagen de Nueva York sobrevolada por cuatro gigantescas ballenas de acero.

—Sobrecoge, ¿verdad? —dijo Jedrek—. Y esto solo es la primera impresión. Cuando desembarque, no podrá dejar de mirarlo todo como si hubiese entrado en otro mundo.

Esa advertencia cuadraba con lo que Frederick Treves había dicho cuando Joseph le contó sus planes:

—He oído decir que Nueva York, todo el estado, pero, sobre todo, la ciudad de Nueva York, es un lugar... distinto. Un mundo dentro del Nuevo Mundo.

Cuando llegó el momento de la despedida, Joseph le tendió a Jedrek el regalo prometido. El joven marino recibió el libro con entusiasmo y prometió comenzar a leerlo en cuanto sus tareas se lo permitieran.

—Espero que le vaya bien en América, Joseph.

—Seguro que sí. Yo espero que algún día volvamos a vernos, Jedrek, y que para entonces tengas muchas más aventuras que contarme. —Le ofreció su mano izquierda, pues la derecha, más grande y de-

forme, la reservaba para sostener el bastón que utilizaba para ayudarse a caminar. El polaco se la estrechó y le deseó buena suerte.

—Pero si volvemos a vernos, tendrá que ser usted quien me reconozca a mí.

Joseph estuvo a punto de mostrarle su rostro como prueba de amistad, pero se contuvo. Era preferible mantener el engaño de que el fuego le había desfigurado.

A continuación, se despidió también del capitán Howard, quien, aunque no lo reconocería en voz alta, experimentó una sensación de alivio por separarse de aquel hombre extraño y envuelto en misterios. Joseph fue el último pasajero en abandonar el barco, y al volverse, ya en el muelle, imaginó que aquel buque de pabellón inglés era en realidad la barca con la que Caronte transportaba las sombras errantes de los difuntos de una orilla a la otra del río Aqueronte. Y si el capitán Howard era Caronte, él, Joseph Gárgola, no era otra cosa que una sombra errante.